

sobre esa patología moderna llamada fascismo, sobre la figura de Ramiro Ledesma Ramos y aquellas influencias europeas y nacionales que tuvo el joven fascista.

Pero la obra no solo muestra un claro rigor científico, sino un claro carácter académico e interdisciplinar, todo ello mezclado con una amenidad en la lectura que fomenta el interés de la línea investigadora tanto para el mundo científico como para el mundo literario.

Carlos GIL GANDÍA

W. BURKERT, *La creación de lo sagrado. La huella de la biología en las religiones antiguas*, traducción de Stella Mas-trangelo, Barcelona, Acontilado, 2009, 340 pp.

La obra arranca con un *prefacio*, le prosiguen siete *capítulos*, y cierra con una *conclusión*. Ya en el *prefacio* se plantea la cuestión principal que sirve de hilo conductor al resto de la obra. Es un hecho empíricamente contrastable que la religión ha tenido cabida, de una forma u otra, en todas las sociedades. Ante este hecho cabe preguntarse si podemos afirmar que la religión es un fenómeno “natural”. Para dar respuesta a ello, Burkert sondeará los elementos esenciales de la religión a través de las civilizaciones mesopotámica, judía, griega y romana partiendo de la tesis de que los elementos religiosos generales derivan de los existentes en las religiones primitivas.

El primer capítulo, *la cultura en un*

*paisaje: ubicando la religión*, se presenta en tres subapartados: *Más allá de la cultura; ¿Sociobiología?; y Un mundo común: reducción y validación*.

El segundo capítulo, *Huida y ofrendas*, hace un recorrido por cinco apartados dedicados respectivamente a: *Sacrificio de dedos; Biología, fantasía y ritual; Castración y circuncisión; Chivos expiatorios; y Vida por vida*.

El tercer capítulo lleva por título *El núcleo de un cuento*. Se estructura también en cinco puntos los cuales son: *“Atrapado en historias”; La secuencia de Propp: la búsqueda; De los programas biológicos a las cadenas semánticas; El relato del chamán; y El cuento de iniciación: la tragedia de la doncella*.

*Jerarquía* es el título del cuarto capítulo. En él encontramos los apartados: *La conciencia de rango; Rituales de sumisión; La estrategia de alabanza; Poder de dos niveles; y El lenguaje del poder: el enviado*.

El quinto capítulo lo dedica a la *Culpa y causalidad*, y lo hace en torno a otros cinco puntos: *La terapia religiosa y la búsqueda de la culpa; Sufrimientos presentes; La fundación de cultos; los mediadores: riesgos y oportunidades; y Modelos explicativos: cadenas, ira, contaminación*.

Un sexto capítulo titulado *La reciprocidad de los dones* seguirá la línea argumental en torno a los siguientes puntos: *“Le don” en perspectiva; El dar en la religión; ¿Genealogía de la moral?; Falta de reciprocidad: la crítica religiosa; Falta de reciprocidad: los hechos del ritual; Regalo y sacrificio; y Aversión y ofrendas: del pánico a la estabilidad*.

El séptimo y último de los capítulos lleva por título *La validación de los signos: un cosmos de sentido*, y gira en torno a cuatro epígrafes: *Aceptar los signos: la adivinación; La decisión mediante signos: la ordalía; Creando signos: territorio y cuerpo*; y, finalmente, *El lenguaje validado: el juramento*.

La idea principal que presenta el libro es la de la existencia de unos patrones biológicos que pueden encontrarse a la base de conductas ritualizadas y que cristalizaron en formas religiosas como vía de solución a situaciones críticas individuales recurrentes (p. 305).

Así, el primer capítulo propone un análisis de qué entendemos por religión y de cual es su naturaleza, ¿se trata de un producto social –como podría pensarse apelando a su carácter simbólico– o es un hecho “natural”, biológico, que ha de emerger allí donde el hombre se encuentre? De este modo se presenta un nuevo marco con el que se puede entender la religión dentro de un modelo biológico donde las teorías evolutivas juegan un papel ambiguo. Por un lado, porque no existen rasgos de nada similar en grupos de primates diferentes de la especie humana, pero por otro, las teorías evolutivas pueden ser útiles para presentar la religión como medio para la adaptación y para la supervivencia del grupo. Dentro de este esquema resultará la hipótesis de la evolución de la religión como nexo entre genética y cultura, hipótesis que no parece, *a priori*, verificable. Sin embargo, Burkert sostiene que si bien no se puede encontrar algo así como “genes religiosos”, si que podemos, al menos,

presentar la religión como dentro del “paisaje” biológico.

El modo como se trata de mostrar que la religión forma parte de un “paisaje biológico subyacente a la experiencia” lleva en el segundo capítulo a presentar distintos esquemas o estructuras que aparecen en fenómenos religiosos y de las cuales puede encontrarse cierto paralelismo en fenómenos biológicos. De este modo, el esquema del sacrificio –recogido en la figura del *sacrificio de dedo*– alcanza cierta racionalidad al emparentarse con comportamientos de algunas especies capaces de sacrificar alguna parte de su cuerpo a fin de garantizar la supervivencia. El ejemplo clásico lo encontramos en la cola de las lagartijas, la cual se desprende cuando el animal se ve atacado por un depredador. Burkert presenta la angustia como determinante en este tipo de estructura, y propone este elemento para comprender el transito entre una medida de racionalidad biológica, como es el sacrificio de una parte para salvar el todo, y una estructura típicamente mítica de las religiones como la de la *huida mágica*.

El tercer capítulo se centra en como la capacidad narrativa del hombre modula este tipo de patrones biológicos bajo esquemas de sentido a los que consideramos *historias*. Lo que tiene sentido para los hombres no son los hechos aislados, sino su articulación dentro de una historia. Lo que resulta interesante en este sentido es comprobar que también las historias presentan unos patrones y elementos limitados, los cuales fueron analizados y recogidos por V. Propp en su célebre *Morfología del cuento*. La

cuestión es si la recurrencia de estos elementos de debe a la rutina de su constante repetición o existe algún tipo de instinto biológico que nos incline hacia ellos. De este modo, el tercer capítulo emprende la búsqueda de la base de estos elementos más allá de la civilización y encuentra paralelismos biológicos, por ejemplo, en la búsqueda de alimentos. La tesis de Burkert supone que si un hecho biológico como la búsqueda de alimento puede ser comprendido bajo el esquema de una historia es porque la propia búsqueda de alimento puede ser expresada como una secuencia de acciones, lo cual implica la existencia de cierta huella biológica en la prefiguración de historias, las cuales no están ausentes del ámbito de la religión.

El capítulo cuarto se ocupa de un elemento clave en las religiones como es la jerarquía y de su estructura vertical. Existe también un patrón biológico que puede ponerse a la base de este concepto y que lo podemos encontrar en los gestos de sumisión empleados por los animales cuyo fin no es otro que detener el ataque y la destrucción. Este tipo de conducta lo sitúa Burkert a la base de los *rituales de sumisión* y la hace extensible, por analogía, a la soberanía. De este modo, elementos como la investidura divina de reyes se enmarcan en la misma estructura jerárquica que la sumisión, lo que hace que pueda reconocerse en ellos la huella del *paisaje biológico*.

La *culpa y la causalidad* ocupan el entramado del quinto capítulo. En él se muestra como –al igual que en los cuentos e historias– existen unos elementos

fijos en la explicación de los desastres que se manifiestan en patrones generales recurrentes. La explicación del desastre como fruto de la ira de un dios para resolver el cual es necesaria la figura de un adivino/mediador capaz de descubrir la culpa y promover un ritual para capaz de poner fin a la situación de desastre esta presente en multitud de ejemplos, no sólo de las religiones arcaicas, sino también en algunas creencias contemporáneas. La figura del mediador es el objeto central aquí. Sobre él pueden fijarse sospechas que deriven de su posición privilegiada, y muchas de las críticas a la religión se producen por esta vía: el origen de la religión como engaño para favorecer los intereses de ciertas élites. En cambio, Burkert intenta demostrar que esta hipótesis no lo explica todo, y que la figura de los mediadores o adivinos –de los “carismáticos” en definitiva –es necesaria para realizar la comprensión del desastre y el sufrimiento. La religión se impone por la existencia de un juego de fuerzas que opera en las distintas civilizaciones y que está directamente relacionado con la causalidad del mal.

En el sexto capítulo el objetivo se fija sobre la reciprocidad como elemento clave en las relaciones entre hombres y dioses. La pregunta, por tanto, será si existe algún patrón biológico que pueda dar respuesta a un fenómeno como la reciprocidad, esto es, ¿está la reciprocidad inscrita de algún modo en la biología humana? Lo que parece claro es que los sistemas de donación son un logro humano universal, aunque la explicación de porqué no quede totalmente clara. El rasgo

biológico que se pone en juego para tratar de explicar la reciprocidad es la sexualidad. La sexualidad aparece como el programa biológico más antiguo en el que tiene lugar la reciprocidad. La sexualidad va, desde el principio, ligada al dar. Tanto es así, según Burkert, que sólo de esta forma puede la sexualidad alcanzar cierta racionalidad en tanto que se convierte en un intercambio de “regalos”, hasta el punto que puede encontrarse en el intercambio sexual una primera explicación de la estructura familiar desde el paleolítico. En la búsqueda de patrones biológicos para la reciprocidad, Burkert presenta el don como fruto de estrategias de cooperación que a largo plazo resultan más beneficiosas que estrategias egoístas. Pero además, demuestra que la visión de la reciprocidad es necesaria para la configuración del modelo de interpretación con el que nos enfrentamos al mundo.

El séptimo y último capítulo va a dar cuenta del carácter simbólico de ser humano como elemento clave la creación y transmisión de la religión mediante la interpretación de signos. La relación del hombre con los signos esta presente de un modo evidente en las manifestaciones de las religiones. La interpretación y la adivinación son un elemento primordial en ella y está vinculada la arbitrariedad del significado. La idea de Burkert es que si bien los signos suponen una mediación entre el mundo y los individuos –de cualquier especie–, en el caso del hombre esta relación adquiere un carácter creador debido a la arbitrariedad del significado, lo

que obliga a postular la posibilidad de convertir cualquier señal en signo. Para Burkert esto permite la divinización de los elementos naturales, que son capaces de “hablarnos”. La analogía del lenguaje no es baladí, pues es el lenguaje la forma en la que se traducen todos los signos, de este modo podemos escuchar “la voz de la naturaleza”. Para Burkert, la propia estructura del lenguaje hizo necesaria la religión como medio de garantía ante la posibilidad de engaño.

De este modo, con un recorrido desde la biología a la semiótica Burkert nos acerca una nueva perspectiva sobre el fenómeno religioso en la que patrones de conducta vinculados a la biología aparecen en la base y en la estructura de multitud de conductas religiosas y rituales de las religiones antiguas. La religión se convierte así en una herramienta para dar soluciones a determinados problemas y situaciones angustiosas que tienen lugar en los individuos de modo recurrente. Y es en este sentido que se puede hablar de la huella de la biología en las religiones.

Cosme Damian ROJO GASTON

M. CATALAN, *La ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*, Madrid, Verbum, 2013.

Es éste un libro de síntesis: comprimido en tamaño, abundante en caudales. La dimensión reducida puede engañar en cuanto al contenido: no se trata de una